

## Lo que me han dado los libros

JAVIER FRESÁN. Premio Nacional de Bachillerato.

Me recuerdo a los cinco o seis años con un libro sobre las rodillas. No leí las aventuras de don Quijote y Sancho a tan temprana edad, como cuentan muchos escritores, con convenientes dosis de exageración, en sus memorias. Tampoco hurté escarceos amorosos a un viejo ejemplar de Las mil y una noches, ni opiniones contundentes a la obra de ningún filósofo alemán. Pero crecí rodeado de las historias de la biblioteca de mis padres. En buena compañía. Quizá nuestro mundo sólo sea una ventana de dimensiones reducidas por la que nos asomamos, veinte centímetros de aire sobre los que levantar la mirada. La lectura los amplía, eleva la línea del horizonte, nos acerca vidas no vividas, siquiera imaginadas; y es nuestro primer contacto con el infinito. Cualquier biblioteca bien surtida supera nuestras capacidades lectoras: por eso, lectura significa, antes que nada, libertad.

Los primeros libros de los que guardo memoria fueron los de la serie del Capitán Alatriste. Pérez Reverte, en su recreación del Siglo de Oro, me condujo inevitablemente a los clásicos: al Lazarillo de Alfonso de Valdés, a los sonetos de Quevedo, cuya inteligencia mordaz siempre preferí al sensualismo gongorino, y tiempo después a Cervantes. También al Asno de oro de Apuleyo y a la obra de un puñado de griegos extraordinarios. Cayeron en mis manos, mientras tanto, esas páginas memorables donde Borges escribe: Clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad.

De Borges, lector por excelencia, me atrajo en un principio casi todo. Leí su poesía, los cuentos del Aleph, los pequeños ensayos, y ensucié -supongo- mis textos de la época de referencias culturalistas: sólo él sabía hacerlo. Sigue contándose entre mis escritores predilectos, si bien miro con recelo su negación del vitalismo: ni el mundo entero cabe en una biblioteca, ni descripción alguna supera la imagen de las carnes del cielo quebrándose a la hora del crepúsculo sobre Estambul.

De Borges pasé a otros sudamericanos -Cien años de soledad, de Cortázar, y El nombre de la rosa. Por este punto se pierde la genealogía. De la poesía española del siglo XX, siempre me gustó más Cernuda que Lorca, y conecté rápidamente con poetas tan distintos como Gil de Biedma y Claudio Rodríguez. Mi amiga Estrella, filóloga de muchas lenguas, me traspasó su amor por la novela rusa y por Camus. No sé en qué momento entré en contacto con la prosa meditada, de párrafos tan bellos como interminables de Saramago o Javier Marías; ni con Paul Auster, Orhan Pamuk, Coetzee y Naipaul, autores de los que aprendí que el idealismo puro es hoy una ficción inacabada, que ya no quedan héroes, sino metáforas de héroes.

Cualquier celebración del libro termina ensombrecida por negros informes sobre la situación de la lectura. Se insiste en que la escuela no enseña a leer y a menudo se ataca a los maestros. Los planes para fomentarla chocan antes o después con un problema básico: leer, como amar, no admite imperativo. Por eso, entiendo que la solución no está tanto en persuadir racionalmente de los beneficios que comporta, como en crear buenas disposiciones hacia ella: acomodar espacios de lectura, mejorar las bibliotecas públicas, guiar a cada alumno hasta el libro que necesita, que no es siempre el que figura en los planes de estudio. Por eso, cuando alguien me confiesa que nunca lee, no me lanzo a la repetición de apocalípticos mantras sobre una juventud que ha perdido la curiosidad intelectual -también yo formo parte de ella, y sé que son mentira-, sino sólo lamento la felicidad profunda que se pierden. Ésa que por suerte convoco cada tarde.